|TRIBUNA| MONTSERRAT SANZ YAGÜE

Un olivo de setenta años

ALGUNAS PLANTAS SE PUDREN RÁPIDO, pero otras arraigan para beneficio de todos. Pocos árboles provocan una sensación tan poderosa de fortaleza, resistencia y al mismo tiempo suavidad y humildad como el olivo, con su fruto útil e imprescindible para la vida. Lo mismo se aplica a las personas. Algunas pasan por la vida de otros temporalmente sin pena ni gloria, pero otras cambian profundamente su entorno porque donan inteligencia y sabiduría, sin arrogancia y sin prejuicios. Este es el caso de mi madre. Hoy mi madre cumple setenta años y, como un olivo, vive con dignidad, independencia y salud, y sigue aportando a la sociedad de forma esencial. Como la hoja verde y plata del olivo, en ella la mayoría de edad es solo la otra cara de la moneda de una vitalidad tierna y siempre joven.

Hace exactamente seis años, en septiembre, comencé a escribir estas columnas con una en la que hablaba de la fiesta nacional de Japón que en este mes honra a las personas mayores. Hoy siento que este mes y su fiesta me vienen que ni pintados para hacer un homenaje a mi madre y a la suya, que también cumplía años en septiembre y cuya vida valiente y pionera está en el origen de la trayectoria de las mujeres de mi familia. El problema es que titulé aquel artículo "El día de los ancianos", y ahora pienso que esta última palabra no evoca la imagen de mi madre. Entonces yo expresaba mi admiración por esos mayores que viven independientemente y siguen contribuyendo de manera imprescindible a su entorno, y expliqué que la fiesta nos permitía expresar "nuestro agradecimiento y admiración por sus contribuciones pasadas y presentes y por su cariño hacia nosotros". Recupero hoy la frase para dedicársela a mi madre.

Hace exactamente seis años, en septiembre, comencé a escribir estas columnas con una en la que hablaba de la fiesta nacional de Japón que en este mes honra a las personas mayores

Mi madre, una maestra comprometida y trabajadora, ha cambiado la vida de muchas personas desde que en nuestra niñez trabajaba en un colegio de Cantabria. Ya entonces las chicas conflictivas le daban muestras de respeto y apego. Aquello nos sorprendía a nosotros, para quienes la mezcla de madre y maestra resultaba muchas veces desconcertante. Después, la vida le fue llevando de acá para allá sin que pudiera ya educar a grupos de niños, pero dándole oportunidades para enderezarlos individualmente en muchas ocasiones, para sembrar amigos y para aprender de cada una de las experiencias que se le pusieron al alcance. Nunca le he visto caer en pesimismos estériles y siempre la he conocido estudiando y trabajando. No recuerdo a mi madre perdiendo el tiempo en ninguna ocasión. Ni siquiera viendo la televisión podía parar de tejer. Muy leída pero sin traza de pedantería, sigue cosechando las mismas muestras de afecto entre las personas que la conocen como desde mi niñez. Quizá sea porque ha sabido siempre respetar la intimidad y las decisiones de los demás, incluidas las de sus hijos, virtud muy escasa y de gran valor para la consecución de la armonía en las familias y en las sociedades.

Ha sido y es abuela de cada uno de sus nietos, a quienes ha visto nacer y ha cuidado siempre, junto con mi padre, con quien ha formado un equipo excelente y a quien dediqué en su día un artículo titulado "El precio de los funcionarios", poniéndolo como ejemplo de funcionario ético y valioso. Mi madre también ha ido cumpliendo cada una de las etapas de su vida con la mayor ética y discreción, sin molestar a nadie y aportando su energía y sus horas de trabajo para que todo esté en orden, y dedicando sus momentos libres al cultivo de sus propias capacidades y talentos. Como representante de esas tantas personas mayores que siguen manteniendo en pie el tejido social y familiar, y como modelo para todos los que caminamos hacia esa edad, dedico este artículo a mi madre y aprovecho para decirle gracias y que la quiero. Y lo hago no solo en mi nombre, sino en el de mis hermanos y cuñados y en el de sus nueve nietos, algunos tan pequeños que no saben todavía la suerte que tienen de haber nacido a la sombra de este olivo.

|CARTAS AL DIRECTOR|

El Museo de los Quehaceres

Señora directora:

En la localidad de Tordesillas hay un museo importante de antiguos encajes y puntillas. Merece la pena visitarse porque se exponen preciosas labores y encajes de varios siglos de antigüedad.

Pues bien, las gentes se van percatando de que en tierras segovianas, concretamente en la localidad de Carbonero el Mayor, hay otro museo de encajes y antiguas puntillas de destacada importancia. Cada día va siendo mas conocido y visitado.

Se debe todo ello a la iniciativa de Doña Lola Vicente. Dicha señora, desde sus tierras de Murcia llegó hace años a Carbonero el Mayor como funcionaria.

Y en esta localidad segoviana, con suma paciencia y dedicación ha logrado crear un destacado museo. Se denomina Museo de los Quehaceres.

Es un titulo simbólico. Algo relativo a pasadas épocas, cuando nuestras abuelas empleaban largos ratos haciendo encajes de bolillos o bordando juegos de sábanas y mantelerías con suma paciencia. Ciertamente que muchas de esas preciosas labores son totalmente ajenas a la sociedad de nuestros días. Hoy las cosas han cambiado. Por ello es preciso guardar con cariño estas cosas tan bonitas que van quedando olvidadas y acaban desapareciendo en medio de la mayor indiferencia.

La iniciativa de doña Lola Vicente es muy laudable. Merece la pena acercarse a Carbonero el Mayor para visitar el Museo que comienza a ser conocido.

El pueblo de Carbonero el Mayor es, indudablemente de gran personalidad en tierras segovianas, no solo por su impresionante retablo mayor de la iglesia, que es pieza clave en el arte de España, o por el cercano santuario de la Virgen del Bustar, con su Virgen románica…El museo de los quehaceres viene a acrecentar la personalidad del simpático pueblo segoviano.

Doña Lola Vicente y su museo, hoy son parte integrante del pueblo y progresivamente este espacio atraerá cada vez mas visitantes.

SANTOS SANCRISTOBAL

|CON ACENTO VERDE| JONATHAN GIL MUÑOZ (*)

Árboles singulares, gigantes con pies de barro

A pesar de su majestuosa estampa, son muchas las usas que ponen en peligro su supervivencia después de siglos y siglos de vida



HOY VAMOS A DEDICAR ESTAS LÍNEAS a homenajear a esos abuelos enramados de Segovia, que sin moverse de su parcela de tierra ven pasar el tiempo con parsimonia. Hablamos de ese conjunto de árboles que por sus características únicas se les ha denominado como singulares. Aunque la provincia de Segovia es por extensión la más pequeña de Castilla y León, alberga un buen número de los ejemplares arbóreos que forman parte del *Catálogo de Especímenes Vegetales de Singular Relevancia de Castilla y León*. Pero como se suele decir, no están todos los que son. La asociación Bosques Sin Fronteras ya nos dio la pista hace tiempo de que el número de árboles singulares que se erguían en la provincia rondaba los 100, aunque a buen seguro que podría sobrepasar esta cifra.

Ese 'otro' catálogo, confeccionado al margen de la administración autonómica, está formado por 14 encinas, 14 pinos resineros, 9 sabinas y 8 rebollos, más otros ejemplares, hasta llegar a la centena, de otras especies menos comunes en nuestra tierra. De entre todos esos árboles singulares destacan la sabina de Sigueruelo, el roble de Matabuena o el serbal de la acebeda de Becerril, por señalar algunos. Pero, pese al porte impresionante de estos árboles, que parece que nada puede acabar con ellos, la realidad es muy diferente. Parece que con los años, como las personas, a la vez que ganan diámetro y altura, también son más susceptibles de sufrir los cambios que se produzcan en su entorno natural, por mínimos que sean.

El año 2010 fue especialmente trágico para nuestros árboles singulares y por supuesto para aquellas personas con un mínimo de sensibilidad ambiental

Tenemos que tener en cuenta que en la última década han desaparecido el 20% de los árboles singulares que existían en España.

Más implicación con estos 'abuelos'

Ahora que acabamos de entrar en el otoño, cada vez está más cerca la llegada del invierno. Una época del año especialmente dura para los árboles singulares, ya que muchos de ellos, de edad avanzada y fuerzas muy justas, puede que no soporten el peso de la nieve acumulándose en su enramada, o que no puedan soportar los fríos y fuertes vientos que recorren nuestros campos, valles y montañas durante esa estación. Ejemplos, aunque sean muy tristes, existen de los estragos que causa entre estas joyas botánicas el duro invierno segoviano. El año 2010 fue especialmente trágico para nuestros árboles singulares y por supuesto para aquellas personas con un mínimo de sensibilidad ambiental. Concretamente, hace cuatro años la sabina de Hornuez, *'La Borrega'*, como era conocida por los lugareños, se partió en dos, como si fuera una tierna ramita.

Así se ponía punto y final a una historia vegetal que comenzó a narrarse hace entre 600 y 800 años. Pero no fue el único 'abuelo' segoviano que dejó de existir aquel invierno de 2010. El *'Pino de las Cinco Gachas'* (Fuente el Olmo de Íscar) fue derribado por el viento. ¿Alguna de estas tragedias se podrían haber evitado? Es cierto que la edad de estos árboles los pone en una situación muy complicada desde el punto de vista de su supervivencia, pero también es verdad que no se hace casi nada por asegurar la existencia de estos titanes. El *Manual de Buenas Prácticas para los Árboles Singulares*, que debería estar en el cabecero de todos los políticos que en algo tienen que ver con la conservación de nuestro patrimonio natural, enumera los problemas que acentúan el declive de muchos ejemplares. En este sentido, el mismo desconocimiento de la existencia de un árbol singular en un municipio es ya uno de las causas de su posible desaparición.

A esto se suman la falta de profesionales especializados en su conservación; su vulnerabilidad ante los cambios en su entorno; la falta de una protección a nivel estatal y la ausencia de implicación de los ayuntamientos (salvo excepciones). Y para rematar tenemos los daños que producen las visitas descontroladas de personas, que apelmazan la tierra sobre la que se asienta el gigante arbóreo de turno, machacan sus raíces, cortan sus ramas para llevarse un recuerdo… En resumidas cuentas que como sucede con nuestros mayores, ahora nos toca a nosotros cuidar de ellos después de todo el oxígeno que nos han regalado y el cobijo y alimento que han dado a nuestra biodiversidad.

(*) Periodista ambiental y Director de ElGuadarramista.com